

básicas suele ser muy alto. Con la misma inversión, por ejemplo en el sector agrícola, podrían generarse muchos más empleos permanentes.

### TRES ERRORES BASICOS

No queremos llegar con estas observaciones a la conclusión simplista de que el programa siderocarbonífero del Zulia es nocivo en sí y que sería preferible invertir en vacas lecheras, en complejos turísticos o en artesanía goajira. Venezuela reúne condiciones excepcionales para impulsar una industria básica y no se deben escatimar esfuerzos en lograr una sólida base en esa área, porque la industrialización básica es la única salida al actual estancamiento del proceso industrial venezolano. Pero tenemos la convicción de que el programa adolece de tres vicios fundamentales:

1) Los lineamientos básicos fueron concebidos hace ya casi cinco años para un escenario nacional y mundial muy distinto del actual. Han cambiado las condiciones del mercado financiero internacional; han cambiado también las

perspectivas de crecimiento de las economías, incluyendo la venezolana; y ha cambiado el panorama de la industria siderúrgica tanto desde el punto de vista de la tecnología como del mercado. Es cierto que el proyecto ha ido experimentando desde entonces ciertas revisiones, pero mucho más profundas han sido las modificaciones del escenario nacional e internacional.

2) La ideología subyacente al proyecto es la doctrina de la "autonomía industrial" como medio para salvaguardar la soberanía económica nacional. Esta ideología ha impregnado todos los planes de desarrollo nacionales hasta la fecha. Existen, sin embargo, serias dudas sobre su conveniencia, ya que los "costos sociales" de abarcar todos los eslabones de la producción industrial son muchas veces excesivamente altos y, al final, los vínculos de dependencia anteriores suelen ser sustituidos por otros más sofisticados e, incluso, más efectivos. Los beneficios para el país podrían ser eventualmente mayores, si se especializara en aquellos renglones donde goza de mayo-

res ventajas de producción.

Pero aun aceptando como válida la meta de la autonomía industrial, es un desatino pretender crear en el país dos complejos siderúrgicos de similares características. El área de aceros tradicionales está o estará suficientemente cubierta por SIDOR. ¿Por qué malgastar miles de millones de bolívares en esa área, cuando se podrían abrir lucrativas líneas de producción de otros aceros especiales de mayor grado de elaboración y mejores perspectivas de demanda?

3) La carga emotiva del regionalismo ha impedido una discusión serena y desapasionada sobre la conveniencia nacional del proyecto. La tesis de la "soberanía industrial" parece haber sido llevada a un extremo regionalista. Nadie pretende negarle al Zulia su desarrollo industrial, pero tampoco una región puede pretender planificar al margen del interés nacional. Triste sería que dentro de diez o quince años la tasa de desempleo del Zulia fuera superior a la del resto del país.

## El pesimismo como coartada

JOAQUIN MARTA SOSA

Desde hace un tiempo que ya me parece largo, una serie de personajes de esos tenidos como respetables y "formadores de opinión" han venido insistiendo que el país anda mal, muy mal, cada día más cerca de una especie de avisado y fatal colapso.

Lo curioso es que en esa onda del alerta pesimista se ha producido una insólita convergencia ideológica. Izquierdas, derechas, centros (con sus diversos matices y tendencias) coinciden en esa percepción de un presunto y muy probable porvenir oscuro para Venezuela.

Y un buen día yo me he descubierto participe más o menos inconsciente de esa onda. Cobrar esa conciencia de mi situación me llevó de un solo golpe a preguntarme por la pertinencia de esa versión, por sus causas, sus efectos. Porque, en fin, no es cosa de que la onda se lo lleve a uno así, sin que la percibamos, sin que hagamos un esfuerzo por sostener razonable y críticamente el sendero por donde nos hace caminar.

### ¿Y EL PESIMISMO POR QUE?

Debe tener varias raíces, Y de

entre ellas voy a entresacar las que me parecen más evidentes y de las que tengo mayor certeza.

Por ejemplo, en la izquierda el pesimismo parece brotar de una doble fuente. Por una parte, un izquierdista de bien, impuesto de su papel (sobre todo del que le asignan los derechistas decentes y liberales), debe ser permanentemente crítico, denunciar hasta la saciedad, desvelarse sobre el púlpito social señalando las taras, alertando sobre el destino nefasto por el que discurre, ingenua y cómplice, la vida del país.

Así, el derechista serio tendrá oportunidad de citar, con alguna pero no con demasiada frecuencia, a ese izquierdista patriótico y consciente, cuando hace el inventario de "los males de la patria" (sobre todo para apropiárselo y reblandecer los soportes de la vía que pudiera conducir a la izquierda hacia el poder). Así el izquierdista se libera de sus demonios interiores, cumple con su diario rito de levantar el índice de la mano izquierda para señalar hacia el cielo (cuando impreca) y hacia alguien (cuando denuncia), y sus turbulencias ideológicas son, por un momento,

sólo por un momento, serenadas en la conciencia del deber cumplido.

Podríamos sintetizar esta primera fuente izquierdista del pesimismo, más o menos, de esta manera: la derecha construye un escenario desde el cual la izquierda dramatiza los males de tal manera que el público los vea representados y así, cada vez que termina la función, el público aplaude y los actores salen delante de las cortinas, tomados de la mano, con sus reverencias de agradecimiento y, en la intimidad, soñando con algún premio. Y no pasa nada más.

La segunda fuente es, me parece, un poco menos compleja. El izquierdista milita y lucha y se esfuerza. Pero corren meses y años y la tierra prometida de la revolución sigue en una lontananza casi inescrutable. Entonces hay que intensificar la crítica, apocaliptizarla, para que el verbo (¡ah, el poder de la palabra!) como un nuevo abracadabra, transforme lo real que no ha podido cambiar la lucha más tenaz.

Y, claro, si tampoco el lenguaje provoca la subversión ansiada, la salida es simple (para evitar, u ocultar, la frustración): este país se lo llevó quien lo trajo, mejor es subas-

tarlo, el último que salga que apague la luz (esto parece que lo escribió algún izquierdista en una pared del aeropuerto de Montevideo: año y medio después el pueblo derrotaba a los militares en una votación plebiscitaria, ¿lo recuerdan?).

Por supuesto, mucho más se pudiera decir y refinar lo ya dicho. Pero quizás bastaría una última anotación. El pesimismo izquierdista se debe a una intensidad falta de capacidad para mirar lo multidimensional de la vida sociohumana. Para unos la sociedad anda mal porque sólo podría andar bien si se correspondiese plenamente con su "modelo" ideológico. Para otros está tan corrompida que ya ni siquiera es capaz de darse cuenta que su "destino natural" está en aceptar que el izquierdismo la gobierne; de lo contrario se alienará cada vez más, irremisiblemente derivará hacia la cosificación: sólo el izquierdista seguirá siendo hombre, entidad humana.

Pero, como ya lo hemos dicho, también el derechista bordonea algunas cuerdas del pesimismo. En unos casos porque le parece que la sociedad se ha venido apartando peligrosamente "de las sanas costumbres de antaño". Otros opinan que el país está cribado de comunismo: hasta en AD y Copei se habla de nacionalizaciones, y algunas se practican. O bien, el desorden y la indisciplina son insoportables y nadie arregla esa situación, salvo un hombre bregado, de cachucha y charreteras. Pero no es tanto este tipo clásico de derechista, por decirlo de algún modo; el que nos interesa para el tema.

El centro de nuestro interés lo constituye el derechista liberal, democrático, dueño de argumentaciones civilizadas, de la generación del 28 o próximo a ella. Para este personaje si el país no da un giro de 180° nadie se salvará de la hecatombe. Así, sin quitarle ni ponerle matices. Pero este tipo de pesimismo no es más, creo yo, que un antifaz. Este personaje fue lopecista, medinista, después se alió con el "modelo 58" de la democracia representativa con industrialización y reforma agraria, ocupó cargos de poder e influencia. En fin, es eso que podemos llamar un "hombre del status" y que ha contribuido a forjarlo. Pero, de pronto (al menos para los que no somos sus íntimos), aparece denostando de la situación. ¿Qué ha pasado?

Sencillo: ninguno de sus "enamoramientos" político-sociales nos condujo a la arcadia; hay muchos problemas

y limitaciones acumuladas desde el que fuera entusiasmo en los 40. Pero de esa obra defectuosa en muchos sentidos, de su realización, no es completamente inocente ese personaje. Y su pesimismo es una manera de lavarse las manos, ocultar su responsabilidad, cargarle la culpa a los otros, ponerse en el plano elevado de quien llama, angustiado, a "la conciencia moral del país" (o a lo que pueda quedar de ella). Es un pesimismo acomodaticio y falaz.

Y en ambos casos, derechista e izquierdista, el pesimismo es la vía fácil para enjuiciar una circunstancia. Es el maniqueísmo como método de análisis y exculpación. Pero acontece que la sociedad es mucho más compleja y su dinámica bastante más heterogénea e imprevisible y rica.

### ¿CUANTO HAY DE VERDAD?

En efecto, si nos colocamos en la línea de una cierta visual podremos ver la siguiente Venezuela: una economía petrolera, transnacionalizada y en mucho artificial; una sociedad con incrementos del marginalismo, la distribución regresiva del ingreso y el deterioro de la calidad de la vida; un sistema político clientelar, cúpulista y monopolizado por el partidismo. Y, aparte de todo lo anterior, podríamos añadir algunas precisiones: corrupción administrativa, especulativismo empresarial, ineficacia estatal, paternalismo y desmovilización social. En consecuencia, a ser pesimista tocan.

No obstante, si nos ubicamos en otra perspectiva, por ejemplo los mensajes anuales de los Presidentes de la República, todo funciona casi de modo maravilloso, las limitaciones se reducen, los obstáculos se erosionan, el próximo año todos los índices marcarán mejoras sustanciales. Entonces, el que no sea optimista es un depresivo incurable y estructural.

Entre uno y otro punto nos movemos en la irrealidad. Para comprender un momento y movimiento de la sociedad, es demasiado poco sostenerse en una referencia, o en varias si cada una se toma por separado y simplemente se acumula a las demás. La sociedad, con lo que no pretendo descubrir que el agua empapa, es un tejido de múltiples relaciones, tendencias, posibilidades, fuerzas. Es, en cierto sentido, un campo de lucha (histórica) y un centro de tensiones (políticas y sociales). Por ejemplo: en el terreno de los antagonismos de clase, el asunto no se resuelve con la simpleza de una clase que ejerce su hegemonía sobre las demás. Esta hegemonía

es un dominio precario, precisamente porque se da en una situación de enfrentamiento de fuerzas e intereses. Por tanto, la fuerza e intereses de los grupos no hegemónicos de alguna manera, más consistente cuanto mayor conciencia militante tengan de sí, están presentes en la resultante de la dirección del destino social.

En fin, pues, decir que nada sirve en Venezuela es colocarse, metódica y políticamente, en una postura insostenible pero que puede tener consecuencias reales muy importantes.

¿Por qué decimos que es una posición insostenible?

Porque el paso del país desde 1958 a esta parte, su existencia político-cultural y socioeconómica, tiene importantes insuficiencias, pero, al mismo tiempo, significativas realizaciones y potencialidades.

Entre esas realizaciones no es la menor la cristalización de una conciencia altamente democrática entre una buena parte de la población y que se expresa sobre todo en dos actitudes: la creciente impugnación del poder clientelar de los partidos y un desarrollo de formas cada vez más autónomas de participación ciudadana en el intento de gestionar o formar parte de la gestión de los asuntos sociales más inmediatamente vinculados a su existencia concreta. En este aspecto se puede destacar, igualmente, la expansión de niveles y dimensiones de conciencia cada vez más críticos y libres.

Otra realización interesante es la acumulación de capas profesionales, tecnocientíficas y culturales, en un volumen y calidad que nunca antes había conocido el país. La capacidad acumulada de especialistas, de trabajo científico, de producción artística de todo tipo, incluso en sus formas más sofisticadas, no sólo indican un importante avance real de la sociedad sino, ante todo, una posibilidad para exigir y promover formas nuevas y cualitativamente más exigentes de desarrollo social global para Venezuela.

También es importante señalar que el incremento en la cantidad y calidad de las demandas sociales, su mayor capacidad autónoma, su menor facilitamiento a la manipulación, debe inscribirse entre los factores que posibilitan una optimización de nuestro estado social.

Y, por último, podemos hablar de la presencia de una generación, la del 60, culturalmente sólida, ideológicamente bastante clara y técnicamente más

eficaz que aquellas que le precedieron. Es una generación que ya no podrán mantener por mucho tiempo más "en la acera de enfrente". Ella tiene una versión del país más potenciada de futuro, de lo que podremos ser, incluso dentro del orden capitalista. Nuestras élites culturales, políticas y económicas dominantes, las que manejan la producción y toman las decisiones, son relativamente atrasadas, manejan instrumentos primitivos y el clientelismo político, social o parental son su referencia casi exclusiva. Su relación con el pensamiento moderno es muy escasa y la vinculación de la axiología ideológica con la eficiencia es muy precaria. Su importancia ha sido, sobre todo, la presencia activa y simbólica de un liderazgo que creó las posibilidades de una nueva sociedad. Ese es el papel de Betancourt, Caldera y, en menor grado, Villalba, además de algunos otros (Eugenio Mendoza, Gallegos, Gustavo Machado). Su papel técnico-político, intelectual, no deja de ser relativo en todos esos casos, pero como personalidades que marcaron la apertura hacia un país posible, no dejan de tener significativa importancia. La generación del 60 es distinta, más homogénea y colectiva, su liderazgo se da por la capacidad para "producir" pensamiento político, obra cultural, avance tecnológico, modernidad económico-gereñcial y no por articular los movimientos sociales en torno a individualidades más o menos avizoras.

Claro, ésta ha sido una generación hija de un ambiente más abierto, culto y moderno. Ello la define y, en mucho, la marca para que contribuya a ir produciendo un país con mejor destino.

Todo lo anterior, quiero subrayarlo, no elimina la presencia de "efectos perversos" en el resultado general de la aplicación del "modelo 58" a nuestra vida nacional. De ninguna manera. Pero sí tiene la virtud de compensar el maniqueísmo y, quizás, obligarnos a hacer más compleja nuestra visión de cuál es la definición más pertinente acerca de la tendencia dominante en la sociedad venezolana de hoy.

En todo caso, creo que es importante subrayar dos efectos o consecuencias importantes y nocivas del pesimismo para quienes forman o quieren formar parte del movimiento social a favor de un nuevo modelo civilizatorio (socialista, eventualmente) para Venezuela.

El primer efecto es el de "la profecía que se cumple a sí misma": de tanto afirmar que el nuestro es un país

insuportable, carcomido, aniquilado para cualquier gesta positiva, terminamos aceptando que es verdad, que todo esfuerzo es inútil y caerá en un vacío sin fondo. Así, el pesimismo, por desmovilizador, contribuye a reforzar los males de los que se nutre, hasta formar un círculo diabólico donde terminamos por consumirnos.

El segundo efecto es el del "racismo ideológico": el "revolucionario" que parte del supuesto de que su lucha es para otorgarle un bien a la sociedad, cuando comienza a hablar de ella como deteriorada, pragmática, chata en sus expectativas, equivocada en sus elecciones, termina por creer que la revolución para Venezuela es casi tanto como pretender que los chanchos aprecien las margaritas.

Y cualquiera de esos dos efectos tiene una consecuencia perversa: si el país está tan mal; si todo análisis determina que nada ha progresado y se han intensificado los males y deficiencias seculares, la conclusión es de dos tipos. Primero: la revolución no se puede hacer porque para ello se necesitan de unos recursos y una disposición de la que este país "maleado" carece completamente. Segundo: si se quiere hacer la revolución, no hay otro modo que no sea la violencia; a un país corrompido no se lo puede persuadir acerca de la necesidad de cambiar la sociedad, es imprescindible imponerle la transformación.

Y una conclusión u otra conducen a comportamientos antidemocráticos; es decir: contrarios a la naturaleza sustancial de la revolución.

## ¿Y ENTONCES, HACIA DONDE?

Creo que el punto de partida es conocer que tanto la democracia como nuestra hasta ahora relativa estabilidad económica, han cumplido un papel importante en la acumulación de las posibilidades y realidades que antes hemos descrito. Pero también es cierto decir que ello se ha realizado gracias a que ya somos un país histórico, es decir, con una cierta tradición sólida, con una relativa identidad producto de 500 años de conformación (¿no nos hemos dado cuenta de lo que significa que en 1983 celebremos el bicentenario de Bolívar, el centenario de Gallegos y un cuarto del centenario del 23 de enero?). Ya el nuestro, como tan bien enseñará Mario Briceño Iragorry, no es un país montado en el aire. Y unido a esto, la democracia, con todos sus linderos, ha permitido una importante libertad de confrontación,

de cuestionamiento y diálogo, ha admitido la circulación de toda la producción moderna y más avanzada. Y esta libertad y permisividad han sido la base, con toda la relatividad que se quiera, del pensamiento inconformista, contestatario, el único generador de cultura y, por consecuencia, de historia real, puesto que es el antagonismo que se convierte en negación superadora el que nutre la lógica de las transformaciones, del paso de las diversas fases y modos históricos de realización de las sociedades.

En tal sentido, me parece fundamental que todo el movimiento social revolucionario del país se coloque a distancia del pesimismo como reacción y del optimismo como ilusión. Más bien debe colocarse en el núcleo multi-dimensional de la sociedad y contribuir a desarrollar dentro de ella todas sus fases de avance y creatividad, buscando lograr en todo las fuerzas y recursos que permitirán facilitar el cambio social, saber que ellas ni están a nuestra espera (hay que crearlas) ni están en un solo lugar ("hay mucha derecha en la izquierda y mucha izquierda en la derecha" dice Edgar Morin). De tal manera que hacer pie en los lugares sociales que se han desarrollado y cuya expansión no ha culminado y que exige, como condición para ampliarse, un nuevo modelo civilizatorio, es el papel de la fuerza revolucionaria. También, claro, está, apropiarse de todos los progresos positivos, de todas las tendencias de avance del estado actual de la sociedad le es fundamental: la revolución no es un corte en la historia sino una superación negadora de lo existente a partir de lo dado y de lo que en él es necesario y posible.

En fin, pues, pienso que el país ha avanzado en los últimos 25 años más que en casi todo el resto de su historia (incluso la izquierda, a pesar de sus conflictos, es una buena expresión de ello, al menos en las redefiniciones y nuevas búsquedas que la nutren) y ha acumulado recursos para enfrentar los problemas, insuficiencias y desafíos que tiene por delante. En el peor de los casos marcha hacia la constitución de una sociedad capitalista, relativamente consistente, moderna, políticamente bastante liberal y permisiva y, probablemente, vanguardia tercermundista en varios aspectos. Pero también hay lugar para el camino hacia una nueva civilidad. Y ello dependerá, entre otras cosas, de que los inconformes sean positivos, militantes y creadores. Es decir, no pesimistas ni acerca del hoy ni sobre el mañana.